

Editorial

El significado de enseñar

Guillermo Jaim Etcheverry,
Rector de la Universidad de Buenos Aires

En esta entrega, UBA:encrucijadas se ha propuesto intentar precisar de qué hablamos cuando nos referimos a diversas cuestiones trascendentes. Es esta, por lo tanto, una buena oportunidad para detenernos a reflexionar acerca de qué hablamos cuando hablamos de enseñar.

Cada persona es, en definitiva, un caleidoscopio que recompone de un modo original las influencias que sobre ella ejercen los demás. Precisamente, uno de los rasgos del maestro –término aplicable a quien asume la responsabilidad de enseñar, se trate de los padres o de quienes se dedican a la formación de las personas en los diversos niveles educativos– es que actúa sobre la eternidad porque desconoce los límites de su influencia.

Lo que define a quien pretende enseñar es que considera que los demás tienen derecho a recibir una herencia que estaba ahí, esperándolos, y dedica su tiempo a ponerlos en posesión de ese patrimonio. Quien enseña respeta tanto al otro que considera que le asiste el derecho a usufructuar de la herencia de la prodigiosa cultura creada por el ser humano y que ya está allí cuando las nuevas generaciones llegan al mundo. La autoridad del maestro surge, precisamente, de ese acto de responsabilizarse ante los jóvenes por lo que el mundo es, de esa decisión de asumir la difícil tarea de introducirlos a la cultura. Solo a partir del conocimiento profundo de la realidad, resulta posible modificarla.

En última instancia, enseñar es compartir el placer tan especial que está vinculado con el descubrimiento. Cuando se ha hecho durante mucho tiempo el esfuerzo necesario, uno comprende. Después de estar a nivel del suelo, uno siente que ha subido. Experimenta una brusca claridad, el placer imprevisto, fugitivo e intenso de haber comprendido, de pasar del otro lado del espejo: del lado del conocimiento. Pero para eso es preciso subir, elevarse –de allí la etimología de la palabra alumno en francés– y no de estancarse en la mediocridad y el infantilismo.

Ese placer extremo del conocimiento que eleva, esa intensa satisfacción, se da también en quien enseña cuando, luego de la palabra justa, la frase certera, la explicación clara, advierte que, de pronto, frente a los ojos de los alumnos se hace la luz. Aparece casi inesperadamente, a pesar de que el maestro haya hecho todo para que se produzca. Y bien, el placer de “haber hecho comprender”, de haber dado las llaves, es de la misma naturaleza que el gozo que experimenta uno mismo

al comprender. La milagrosa reiteración de ese placer es lo que nos permite a los docentes soportar las desventuras que nos acosan.

Es esencial que, en momentos difíciles para el país, se regrese a la trascendente valoración de la figura, tan desprestigiada socialmente, del maestro, de quien enseña su ciencia, su técnica. Pero sobre todo, de quien brinda su ejemplo, su arte de ser humano. No son las máquinas las que enseñan, son y seguirán siendo las personas. Es a ellas a quienes recordaremos. Nos seguiremos identificamos con quienes han cumplido con el ideal del maestro que resumía Ortega y Gasset: "Enseñar es primaria y fundamentalmente enseñar la necesidad de una ciencia y no enseñar la ciencia cuya necesidad sea imposible hacer sentir al estudiante".

Hacer sentir la necesidad del conocimiento. Esa es la tarea del maestro. Al contemplar un bosque dice también Ortega: "...Es un bosque magistral, viejo, como deben ser los maestros, sereno y múltiple. Además, practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda. Quienquiera enseñarnos una verdad, no nos la diga: simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad. Las verdades, una vez sabidas, adquieren una costra utilitaria; no nos interesan ya como verdades, sino como recetas útiles. Esa pura iluminación subitánea que caracteriza a la verdad, tiénela esta solo en el instante de su descubrimiento. Por esto su nombre griego, aletheia, significa, descubrimiento, revelación. Más precisamente, desvelación, quitar de un velo o cubridor. Quien quiera enseñarnos una verdad, que nos sitúe de modo que la descubramos nosotros".

Por eso, quien enseña encuentra la justificación de su vida cuando advierte que en alguna ocasión ha logrado dibujar en el aire ese breve gesto, como antes otros lo han hecho para él. Que ha podido descorrer ese velo para alguien, que ha conseguido acompañarlo del otro lado del espejo, del lado de la cualidad humana por excelencia: del lado del conocimiento del mundo y, sobre todo, de sí mismo. Tal vez hablemos de todo eso cuando hablamos de enseñar.